

Carlos Hernández Sacristán

Categoría formal, categoría funcional y teoría de la traslación en las primeras gramáticas del náhuatl

Todo objeto cultural — nos recuerda la fenomenología — se constituye como tal tan sólo desde cierta perspectiva, o en relación estrecha con una perspectiva: su modo de ser no es nunca el de la pura inmanencia, sino la de un ser «para algo» o «para alguien». Esta misma afirmación debe realizarse en lo que se refiere a las descripciones que se han venido realizando históricamente de los objetos de cultura (entre ellos las lenguas naturales). También para la correcta valoración de estas descripciones resulta pertinente e incluso necesaria la pregunta acerca del «para qué» o del «para quién» de las mismas.

Si se acepta este punto de vista, deberemos considerar oportunas en lo que aquí nos ocupa preguntas del tipo: gramática náhuatl, ¿para quién?, ¿para los hablantes nativos, o para los hablantes de otras lenguas?, ¿desde qué ámbito cultural?, ¿el hispánico, el francés, el anglosajón?, ¿desde qué tipo de intereses?, ¿misioneros (católicos o protestantes), antropológicos, políticos, ideológicos?, ¿desde qué lengua se somete el náhuatl a consideración?, ¿desde el latín como metalenguaje descriptivo en las gramáticas misioneras?, ¿desde el español como lengua de contacto?, ¿desde otras lenguas occidentales?, etc.

Pero cabe tal vez — se nos dirá — preguntarse finalmente también, ¿no es acaso posible un estudio de la lengua náhuatl en sí y para sí? Posiblemente no lo es, como no lo es tampoco el de ninguna otra lengua. No cabe, en sentido estricto, el estudio de una lengua desde una perspectiva aséptica o, lo que es lo mismo, desde la ausencia de una perspectiva, esto es, una motivación o un interés que de alguna forma la trasciende. O quizá sí, pero sólo en el siguiente sentido: tratando de explicar o justificar en función de la naturaleza del objeto los diferentes discursos históricos que sobre el mismo se nos ofrecen: tratando de proponer un marco en el que las diferentes perspectivas encuentran un puesto relativo. Esta es al menos una de las tareas

fundamentales que se propone un modelo liminar (cf. López García 1980: 23). Y en esta dirección deberán interpretarse las reflexiones que siguen.

Nuestra intención es someter a valoración las primeras gramáticas del náhuatl tratando de contextualizar históricamente el tipo de discurso metalingüístico que de forma explícita o implícita es manejado en las mismas.¹ Nos referimos, en particular, a las aportaciones de los misioneros, franciscanos primero y jesuitas después, hasta mediado el siglo XVII, y muy especialmente a las gramáticas de Andrés de Olmos y de Horacio Carochi. Las gramáticas misioneras constituyen una de las manifestaciones más relevantes del encuentro cultural entre el Viejo y el Nuevo Mundo, para cuya comprensión debemos conjugar al menos tres aspectos: la existencia de un metalenguaje formalizado como el de la gramática latina, la existencia de un saber intuitivo sobre la lengua descrita, de la que el misionero es normalmente muy buen conocedor, y la existencia, finalmente, de una función instrumental, evangelizadora, que justifica y determina la naturaleza de la reflexión metalingüística. Uno de los productos más relevantes de esta síntesis de factores a la que nos referimos, sería la reinterpretación de las categorías formales de la gramática latina en términos de categorías funcionales. Esta reinterpretación supone un ascenso en la escala de generalidad y universalidad del discurso metalingüístico disponible en la época, que hace posible su aplicación a la descripción de las nuevas lenguas. El proceder de los gramáticos misioneros nos recuerda en este sentido al de productos mucho más recientes, como la teoría de la traslación tesneriana, y representa, en todo caso, una manifestación de lo que podemos considerar un saber lingüístico natural relativo al contraste de códigos.

Empecemos sometiendo a una consideración más detallada lo que supone para el misionero el enfrentarse a una lengua desconocida, sobre la que no existe ningún tipo de discurso gramatical previo. El misionero, debemos decir antes de nada, carece de un procedimiento formal de obtención de datos gracias al cual el saber natural acerca de una lengua, del que dispone un informante nativo, es transformado en

¹ Cf. Hernández Sacristán (1994a y 1994b), donde se anticipaban ya parte de los elementos del presente estudio.

discurso gramatical. La elaboración de un procedimiento de estas características, que constituye la base de la metodología estructural diseñada en el marco epistemológico behaviorista, es lo que permite teóricamente describir una lengua sin ser hablante de la misma. Pero dejemos las cosas claras, no sólo es que, por razones tal vez del contexto histórico gnoseológico, el misionero carezca de este tipo de procedimiento formal de obtención de datos, sino que sucede además que lo ideológicamente implicado en el uso del mismo se hubiera encontrado radicalmente reñido con el tipo de intereses que guiaban su labor. El uso del referido procedimiento representa una escisión clara entre el metalenguaje formal descriptivo y el saber natural que acerca de una lengua tienen sus hablantes. Este tipo de escisión presupone al menos otras dos: una escisión clara entre las figuras del informante y el investigador, o lo que es lo mismo entre los intereses que pueden guiar a uno y a otro, y una escisión de más largo alcance entre los universos conceptuales y el background cultural del que emergen los dos tipos de discurso: el del investigador, por una parte, y el del informante, por otra. Desde este punto de vista, todo proceso de mestizaje se encuentra, por supuesto, absolutamente vedado.

La gramática del misionero constituye la expresión de un tipo de saber y de entender la aproximación a un objeto cultural basado claramente en otro tipo de presupuestos. En primer lugar, debemos decir que el saber gramatical resulta en este caso inconcebible sin el saber intuitivo acerca de la lengua, sin la inmersión en la óptica lingüístico-cultural de sus hablantes. No sólo esto es así, sino que el misionero es conocedor de que el discurso gramatical constituye un producto intelectual de segundo orden, que deriva de un saber primario acerca de la lengua. La percepción por parte del misionero del carácter no primario del discurso gramatical que elabora parece clara — resulta una obviedad el decirlo — desde el momento en que él mismo (nos referimos a los primeros franciscanos y jesuitas) ha aprendido la lengua indígena sin el auxilio de una gramática. El misionero debe ser por ello, al menos en el primer período, perfectamente consciente de que su gramática no constituye un instrumento imprescindible. Como más adelante mostraremos, pese a afirmaciones rotundas en que las gramáticas se presentan como el medio que hace posible la adquisición de la lengua, el reconocimiento de que sólo la práctica activa de la misma

permite su verdadero dominio se encuentra presente en muchos pasajes de la gramática de Olmos o de Carochi.

Pero prestemos ahora atención, siquiera sea brevemente, a lo que supone el primer contacto con la lengua indígena y el aprendizaje de la misma a partir de lo que podemos denominar un saber natural contrastivo. Morales (1993: 53) cita un pasaje realmente significativo de una «Carta de fray Pedro de Gante a los Padres y Hermanos de la Provincia de Flandes», fechada el 27 de junio de 1529, en la que este franciscano nos dice:

Mucho había deseado escribiros desde esta tierra en que ahora vivimos; pero tiempo y memoria me faltan. Grande estorbo fue también haber olvidado del todo mi lengua nativa; y tanto, que no acierto a escribiros en ella como deseaba. *Si me valiera de la lengua de estos naturales no me entenderíais*. Mas he aprendido algo de la castellana, en la cual, como pudiere, os diré algo (Torre Villar 1973: 71 (*apud* Morales 1993: 53)).

Comenta Morales (1993: 53) al respecto:

No deja de llamar la atención el hecho de que, en un tiempo relativamente temprano del siglo XVI, uno de los misioneros confesara que hablaba mejor la lengua náhuatl que su propio idioma. La salutación final con la que, en esta carta, se despide de sus hermanos, '*Ca ye ix-quich ma moteneoa in toteh in totlatocauh in Iesu Christo*', indica no sólo el saber, sino el orgullo en este conocimiento.

De fray Andrés de Olmos cuenta Siméon (1875) en el prólogo de la edición de su gramática:

Ses connaissances variées en linguistique avaient donc pu être fortifiées par une longue pratique dans l'exercice d'un laborieux apostolat. Esprit cultivé et avide de connaître, A. de Olmos fit des recherches savantes et ne négligea rien pour étudier à fond la vieille terre des Aztèques. Non content d'apprendre ce que l'usage, l'observation pouvaient lui fournir chaque jour, il avait encore soin de consulter les Indiens recommandables par leur savoir ou leur position sociale. Ainsi Juan de Torquemada nous apprend que André de Olmos, pendant un assez long séjour à Tetzcuco, se lia avec un noble vieillard mexicain remarquable par l'étendue de ses connaissances, et s'occupa avec lui de questions d'antiquités d'un très vif intérêt (...) (Olmos 1875 [1547]: IX-X).

Otro tanto podemos afirmar de Carochi, quien según comenta León-Portilla, era un perfecto conocedor de la tradición literaria indígena:

Como habremos de verlo, el examen de muchos de los ejemplos de expresiones en náhuatl que ofrece Carochi a lo largo de su *Arte*, pone de manifiesto que — aprovechándose de la iniciativa recibida de su maestro Rincón — llegó a conocer varios textos de los que hoy se describen como clásicos de la tradición indígena prehispánica o contemporánea a la Conquista. Cita con frecuencia fragmentos que he podido identificar como de la *Colección de Cantares Mexicanos*; también de algunas crónicas o anales indígenas; de la recopilación de los *Huehuetlahtolli* que incluyó fray Bernardino de Sahagún en el libro VI de su *Historia*, así como testimonios expresados por sobrevivientes de la Conquista y que pertenecen al caudal de la *Visión de los vencidos* (León-Portilla, en «Estudio Introductorio» a Carochi 1983 [1645]: XV).

Alonso de Molina dice de sí mismo:

Y esta es la razón que me movió a inclinarme (mediante la gracia de nuestro señor, y con el talento y virtud de su mano esperada) a trabajar y aprouechar a esta nueva yglesia Indiana, en cuya lengua, desde mi tierna edad hasta agora, no he cesado de exercitarme en predicar y administrar los sanctos sacramentos a los naturales della, ni de fauorecerlos en las cosas necessarias a su salud (Molina 1886 [1571]: epístola nuncupatoria).

El interés por el aprendizaje del náhuatl no debe entenderse, por otra parte, como el producto de una sensibilidad individual, sino — y esto debe destacarse convenientemente — como parte de una sensibilidad colectiva a la que respondía la política educativa (evangelizadora) de las compañías religiosas.² La actividad misionera podrá tacharse de «aculturadora» desde determinado punto de vista. Y no es posible ignorar la intransigencia — al menos formalmente expresada — respecto a las antiguas creencias religiosas de los indígenas. Pero puesto un paréntesis sobre esto último, el misionero en su labor evangelizadora ha sido no sólo respetuoso con las lenguas y, en general, con los sistemas de representación del mundo indígenas, sino que ha contribuido decididamente a la plasmación de un mestizaje en la

² Cf. Beals Nagel Bielicke (1994), Schwaller (1994), Morales (1993).

esfera de los valores simbólicos del Viejo y del Nuevo Mundo, que entendemos que es previa al mestizaje biológico o lo explica.

Junto a un saber intuitivo y primario acerca de la lengua indígena, el gramático misionero dispone de un metalenguaje descriptivo formal que le aporta la gramática latina (por otra parte, el único metalenguaje gramatical disponible en la época). El uso de este tipo de metalenguaje gramatical estaría perfectamente justificado desde el momento en que, en su momento histórico, servía muy adecuadamente a los intereses que motivaban su uso, a saber, que otros misioneros, a los que se suponía un conocimiento de la gramática latina, pudieran acceder en una primera toma de contacto a la lengua indígena. El misionero se encuentra no sólo familiarizado con la gramática latina, sino que en algunos casos al menos, como el de Olmos, se ha dedicado durante parte de su vida a la enseñanza de esta gramática. La doble función que, a los ojos del gramático misionero, cumplía el uso de la gramática latina como instrumento descriptivo de la lengua indígena queda claramente expresado en las siguientes palabras de Olmos:

Y ansi van tambien otras cosas en esta arte, que no se pueden bien sacar de los terminos latinios, y ponerlo en terminos ynteligibles a todos no se puede bien hazer. Y ansi en muchas cosas lleva la traça de la gramatica latina assi porque se vea el artificio de la lengua no ser tan barbara como algunos dizen, como porque con gran dificultad y prolixidad, no se pudiera dar todo a entender por solo nostro romance, sin mezclar algo del latin (Olmos 1875 [1547]: 137-138).

Esto es, por una parte, aunque existiría la posibilidad de describir los fenómenos de la lengua indígena por medio del romance, esta vía obligaría a numerosos circunloquios que harían la exposición más compleja de lo necesario. El uso de la gramática latina tiene el valor de hacer mucho *más expeditiva y simple* la información que acerca de la lengua se pretende transmitir. Aquí podemos decir que resulta de importancia la óptica del receptor del texto gramatical, cuyos presupuestos son particularmente atendidos en la elaboración del mismo (cf. Suárez Roca 1992: 29). Por otra parte, el uso de los términos propios de la gramática latina cumple otro tipo de función nada desdénable, explícitamente reconocida en este mismo pasaje por Olmos, como es la de *dignificación* de la lengua descrita (cf. Suárez Roca 1992: 247-254). Aunque estas dos funciones puedan considerarse mar-

ginales desde el punto de vista científico moderno, constituyen perspectivas que explican y justifican el producto histórico que son las gramáticas misioneras.

Como se ha señalado anteriormente, pretender que la descripción de un objeto de cultura debe realizarse al margen de las motivaciones o intereses que guían dicha descripción y pretender que existe una especie de perspectiva neutra es algo no sólo, en términos absolutos, imposible, sino tal vez ni siquiera conveniente. Se me permitirá, en este sentido, comentar las siguientes palabras de Andrews (1975: X):

In contrast to previous treatments, the present work insists on presenting Nahuatl utterances as generated by the principles of the language's own system. I have not tried to soften their exotic nature by misrepresenting them as if they were merely disguised Indo-European structures. Perhaps the disguising method, as a pedagogical procedure, gives the illusion of easing the student's burden. It, in fact, makes it heavier once he is beyond the initial learning stage, because it not only convinces him that Nahuatl speakers were morons (given to nonsense, inconsistency, and chaos) but also makes it almost impossible for him to arrive at the truth later in his studies, because of the unyielding momentum of misconceptions and biases (...)

When one resists distorting the Nahuatl structure, it becomes clear that the language operates according to a firm inner logic.

Muy lejos de mi intención está aquí el someter a crítica la magnífica exposición de náhuatl clásico debida a Andrews. Quiero tan solo relativizar, de alguna forma, lo que en este pasaje se afirma, esto es, entender lo que se dice como expresión de un punto de vista, que no resulta incompatible con otros, también razonables. De lo comentado en la cita se desprende que la aproximación al náhuatl exigiría un abandono de nuestra particular cosmovisión lingüístico-cultural, para que, una vez transformados en una especie de «tabula rasa», nos dejemos impregnar por la naturaleza propia del sistema descrito, esto es, por lo que Andrews denomina su «inner logic».

Algo decisivo debemos tener presente aquí. Para Andrews, como para cualquier investigador moderno de náhuatl clásico, esta lengua resulta un producto cultural que se estudia al margen de sus hablantes,

que sencillamente ya no existen, y para satisfacer intereses filológicos o antropológicos. Para el misionero, sin embargo, la lengua que describía no podía ser entendida al margen de unos hablantes con los que se pretendía establecer un tipo de interacción, que pretendía cumplir una función social integradora. Con independencia ahora de que dicha función pueda ser considerada «aculturadora», lo que parece obvio es que el interés del misionero no es tanto la elaboración del discurso propio de una cultura, captado en su realidad idiosincrásica «inmaculada», sino más bien la elaboración de un discurso que haga viable, en un contexto histórico determinado, la interacción entre dos culturas. Las *artes* misioneras deben entenderse en este sentido como expresión de un encuentro cultural y como vía para potenciarlo. Son, por este motivo, *necesariamente* mestizas en su concepción.

No deberíamos decir, ya incluso desde una perspectiva estrictamente científica, que exista algo radicalmente erróneo en esta operación de mestizaje. Si nos situamos en la óptica de un saber natural contrastivo, la aproximación a una lengua que nos es extraña se realizará siempre desde el intento de interaccionar con sus hablantes. Para ello será absolutamente necesario tratar de compatibilizar nuestros presupuestos con los suyos. Renunciar (aparentemente) a los nuestros significa normalmente una incapacidad para implicarnos en el proceso interactivo. Observamos en este caso desde fuera una realidad cultural «*sui generis*» y tratamos de identificar su naturaleza, pero no nos podemos hacer copartícipes de ella.

Con independencia ahora de que en el contexto epistemológico en el que se elaboran las gramáticas misioneras no fuera tal vez posible concebir otra opción, el resultado final constituye un tipo de discurso que se sitúa justamente en la óptica de un saber natural contrastivo, esto es, que no concibe la aproximación a otra lengua sin la motivación primaria de interaccionar con sus hablantes. De manera que el hecho de que el misionero no renuncie a sus presupuestos culturales, y entre ellos a las categorías propias de la gramática latina, lo que revela es que él mismo se encontraba realmente implicado en el proceso interactivo: sin temor a equivocarnos se podría llegar a afirmar que era más este proceso que la lengua indígena en su alteridad lo que realmente se describía.

Con todo, la gramática latina dista de ser el lecho de Procusto que algunos han supuesto que era en las *artes* debidas a los misioneros.

Ciertamente en muchas ocasiones la gramática latina se concibe como discurso gramatical genérico. Así cuando Olmos afirma por ejemplo:

También es necesario saber que assi como en la gramatica dezimos que el compuesto ha de seguir la regla del simple, lo mesmo se entienda en esta lengua, y esto se ha de entender en los nombres quanto a lo que han de perder con los pronombres *no*, *mo*, y, que lo mesmo que pierde el simple perdera el compuesto quando fuere el ultimo nombre de la diction compuesto (Olmos 1875 [1547]: 65).

La distinción entre gramática y *arte* tendría justamente que ver con la distinción entre discurso gramatical genérico y descripción de una lengua con interés puramente instrumental. Pero el misionero no es absolutamente consecuente con esta distinción implícitamente apuntada en su texto, porque el discurso gramatical genérico no deja de sentirse al mismo tiempo como el propio de una lengua concreta (la latina) que, para determinados efectos, puede ponerse a pie de igualdad con las lenguas descritas. Esto introduce un relativismo — sano entendemos — en la concepción del modelo descriptivo general, que debe adaptarse convenientemente al objeto descrito. A esto mismo da expresión Olmos cuando comenta:

Primeramente se porna la conjugacion, no como en la gramatica, sino como la lengua lo pide y demanda, porque algunas maneras de dezir que nosotros tenemos en nuestra lengua, o en la latina, esta no las tiene (Olmos 1875 [1547]: 67).

En el mismo sentido debe entenderse la atribución al uso de un papel definitivo para el conocimiento de la lengua:

No hablo en el acento por ser muy vario y no estar ni dexar siempre las dictiones enteras sino compuestas, y porque algunos vocablos parecen tener algunas vezes dos acentos; por lo qual lo dexo a quien Dios fuere seruido darle mas animo para ello, o al uso que lo descubra (Olmos 1875 [1547]: 11).

Otros aura mas destos, el uso los dara a entender, como son algunos nombres de parentesco (Olmos 1875 [1547]: 25).

Yten es de saber que estos verbales adiectiuos y los substantiuos no de todos verbos se podran sacar, o a lo menos no estaran en uso; pero de

algunos y de quales salgan y de quales no, el uso los dara a entender (Olmos 1875 [1547]: 58).

Todo lo hasta aquí comentado por relación al saber natural acerca de la lengua sometida a descripción y acerca de la valoración y actitud frente al instrumento metalingüístico que sirve para la referida descripción constituyen, entendemos, los presupuestos sobre los que el misionero elabora un discurso gramatical implícitamente guiado por una teoría de la traslación «avant la lettre». Nos queremos referir aquí por traslación a cierta manera de entender el sistema de categorías que sirven para la descripción lingüística, esto es, a una manera de entender el metalenguaje gramatical, según la cual determinadas combinaciones categoriales dan por producto otras, y esta operación es de naturaleza recursiva. Esta manera de entender los hechos estaría presente en la teoría de la traslación tesneriana, pero también en otros modelos de descripción lingüística como la gramática categorial y constituye claramente también el presupuesto de una gramática generativa. Entendemos, efectivamente, que existe un denominador común metodológico en describir, con Tesnière (1976 [1959]: 361ss.), el sintagma:

«[historias como] las de Pedro»

en términos de:

$N > A > N$, en describir, de acuerdo con la gramática categorial, A como N/N , o, finalmente, decir, con la gramática generativa (teoría X -Barra) que:

$V' > V$ (SN)

por aludir a ejemplos bien conocidos. El denominador común a que nos referimos ha sido descrito, desde una posición crítica, como la reducción de los conceptos funcionales a puros conceptos categoriales. Pero lo que parece claro es que un uso de las categorías en el sentido anteriormente descrito supone el asignar a las mismas, al menos implícitamente, valores de naturaleza funcional o semántica. Esto es, lo que se tacha como reducción de los conceptos funcionales a conceptos categoriales puede verse también de otra forma, como explotación o lectura funcional de los conceptos categoriales. Sin una interpretación

de las nociones categoriales en términos funcionales parece obvio que las operaciones de traslación intercategorial son sencillamente inconcebibles.

Otra cosa parece clara, y es que, si bien hablar de las funciones desde las categorías resulta una operación relativamente sencilla, el dar cuenta de las categorías desde las funciones constituye una operación mucho más compleja. Para los efectos prácticos de iniciación básica a las características de una lengua, lo primero resulta evidentemente mucho más sencillo que lo segundo. Existiría una razón de índole semiológica que explica este hecho. En efecto, podemos decir que las categorías formales presentan el carácter de un «cerrado» topológico, lo que en términos gestálticos se traduce en una figura perceptivamente estable, como lo es el significante de un signo lingüístico (cf. Hernández Sacristán 1992: 38ss.). Por el contrario, las funciones presentan el carácter de un «abierto» topológico, lo que a su vez en términos gestálticos se traduce en un fondo, esto es, un tipo de sustancia perceptivamente inestable, que es también el carácter propio del significado de un signo lingüístico (cf. Hernández Sacristán 1992: 38ss.). Establecida esta correlación, podemos ahora concluir que hablar de las funciones desde las categorías, esto es, apuntar mentalmente a las primeras desde las segundas, equivale a adoptar una perspectiva semasiológica. Lo inverso, esto es, apuntar a las categorías desde las funciones, equivale a adoptar una perspectiva onomasiológica. La primera, que lleva del significante al significado, constituye la perspectiva del oyente, la segunda constituye la perspectiva del hablante, y parece claro que la primera implica una operación mental mucho más cómoda que la segunda.

De lo anterior es posible también concluir que un uso de los conceptos metalingüísticos desde la óptica de un saber natural y no profesionalizado, como sería el de los gramáticos misioneros, adoptará como instrumental descriptivo de partida las categorías y no las funciones. Ahora bien, debe quedar claro que las categorías son usadas como significantes de un signo metalingüístico donde el significado es propiamente una función. Esta es, desde nuestro punto de vista, la manera más correcta de entender la aplicación por parte del misionero de los conceptos categoriales de la gramática latina a la descripción de las lenguas indígenas. Esto es lo que nos ha parecido al menos tras examinar varios pasajes (véase apéndice) de las gramáticas de Olmos

y Carochi. Algo parecido podemos observar en las de Molina y Rincón. Nuestra hipótesis es que esta óptica caracteriza posiblemente al conjunto de gramáticas misioneras al menos durante el primer siglo de evangelización, esto es, antes de que en la elaboración de las gramáticas indígenas pese de forma sustancial la tradición de las ya existentes.

Naturalmente no vamos a encontrar aquí ninguna formulación explícita del concepto de traslación de las categorías metalingüísticas. Pero es la misma función instrumental, de mediación intercultural, con la que el misionero concibe su gramática, la que en último término produce esa suerte de mestizaje al que nos referíamos. Esta operación de mestizaje gramatical cabe describirla ahora ya, en términos más técnicos, como la constitución de un signo metalingüístico en el que los términos categoriales propios de la gramática latina no son usados en sentido recto para significar categorías de la lengua indígena, sino para significar en realidad funciones, o para ser usados como funciones. Significar funciones o usarse como funciones son aquí expresiones equivalentes. La atribución a la gramática latina de la condición de discurso gramatical genérico, a la que antes nos referíamos, ha supuesto una reinterpretación de los significados categoriales en significados funcionales, aunque esta operación quede sólo manifiesta por el uso concreto que de las categorías se hace en las *artes* de lengua indígena. La reinterpretación funcional implícita de las categorías transforma a estas últimas en constructos teóricos más próximos a los universales del lenguaje o, en todo caso, más útiles para dar solución a problemas de contraste de lenguas.

Resulta importante destacar también el hecho de que haya sido una perspectiva contrastiva y, más en concreto, una labor de mediación intercultural, la motivación primaria que ha originado esta teoría de la traslación «avant la lettre» a la que nos estamos refiriendo. En este sentido, creemos conveniente comentar un par de cosas. En primer lugar, responde a una actitud natural acerca de nuestro saber metalingüístico el que éste se elabore a fin de solucionar problemas de comunicación intercódigo, esto es, cuando dos sistemas lingüísticos se encuentran en contacto. Es esta función práctica una de las mejores guías para la elaboración del discurso gramatical, que fácilmente se extravía cuando se concibe desde una óptica no comunicativa. En segundo lugar, esta misma circunstancia nos permite entender la teoría

de la traslación como teoría traductológica en la esfera de los discursos gramaticales, particularmente cuando por traducción entendemos una modalidad de la comunicación intercultural.

En los ejemplos que siguen en el apéndice, el uso de nociones categoriales en las *artes* de lengua mexicana encierra — entendemos — implícitos parecidos a los asociados al uso de estas nociones en el marco de una teoría de la traslación, sea ésta la propia de la versión tesneriana o teoría de la traslación propiamente dicha, sea la de una gramática categorial o la de una gramática generativa. Las categorías, aunque esto no llega a explicitarse en ninguno de los modelos mencionados, como tampoco en las gramáticas misioneras, reciben un valor semántico-funcional o sólo desde esta óptica puede ser entendido su uso. Preguntémonos, por ejemplo, qué significa «verbo» en la estructura profunda de un modelo generativo-transformacional, si no es función propia de verbo, o qué significa «nombre» en el modelo traslacional tesneriano, si no es justamente también función propia de nombre. Con estas mismas palabras, no «nombre» sino función propia de nombre, no «verbo» sino función propia de verbo, se solventan en las gramáticas misioneras muchos de los problemas descriptivos que derivan de tratar de ajustar los términos de la gramática latina con el tipo de realidad lingüística que se pretendía describir. Veámoslo.

Apéndice

Quando a estos verbos sobre dichos se juntan otros verbos, tienen significado de participio los primeros verbos. Y estos que se ponen despues tienen significacion de verbos, como parece en los exemplos ya dichos. Pero quando se pone primero algun verbo y despues se sigue alguno de los que aqui se diran, unas vezes el primero verbo tiene significado de verbo, y tambien el segundo; otras vezes el primero tiene significado de verbo o aduerbio indiferentemente y el segundo de verbo; y otras vezes el primero tiene significado de verbo, y el segundo de aduerbio, segun que parecera (Olmos 1875 [1547]: 156).

(...) en esta lengua algunas vezes usan del preterito plusquamperfecto en lugar del aduerbio en la composición (Olmos 1875 [1547]: 152).

Y es de notar que en estos verbos compuestos el principal significado se toma de segundo verbo, y por la mayor parte este es el que queda con la

significacion del verbo, saluo en esto verbo *uetzi* que, aunque se ponga a la postre, no tiene significado de verbo sino de adverbio, como pareciera adelante. Pero el verbo que en la composicion se pone primero, pocas vezes queda con solo significado de verbo, mas antes quando lo tiene por la mayor parte tambien tiene significado de adverbio, como pareciera adelante (Olmos 1875 [1547]: 153).

(...) los adiectiuos compuestos con los substantiuos se quedan adiectiuos (...) Pero los adiectiuos compuestos con verbos, de ordinario siruen de adverbios (...) (Carochi 1983 [1645]: 77).

Vltimamente digo, que algunos adverbios se componen con nombres, y verbos (...) los adverbios compuestos con nombres substantiuos, siruen de adiectiuos; y con verbos, se quedan adverbios (Carochi 1983 [1645]: 77).

Muchos destos verbos tambien son reflexiuos no en la significacion, sino materialmente, en la conjugación (...) (Carochi 1983 [1645]: 14).

Todo verbo reuerencial, necessariamente ha de tener los semipronombres reflexiuos (...) Pero el ser estos verbos reflexiuos, no es mas de materialmente, quando el verbo primitiuo no es de suyo reflexiuo (...) (Carochi 1983 [1645]: 67).

Digo pues, que el nombre, que componiendose con otro precede, pierde siempre su final, y sirue de genitiuo, ò de nombre adiectiuo, aunque sea substantiuo (...) (Carochi 1983 [1645]: 76).

Los verbos de ordinario se componen vnos con otros mediante la ligatura *ca*, añadida al preterito del verbo, que està al principio, el qual significa como adverbio, y no se conjuga el, sino el segundo (...) (Carochi 1983 [1645]: 77-78).

No pone el Padre Antonio del Rincon en su Arte mas preposiciones que las dichas, dexa otras por ser compuestas de las ya referidas y de nombres; con todo esto conuiene ponerlas, por que siruen como si fueran simples: y corresponden à las latinas simples, y son las siguientes (...) (Carochi 1983 [1645]: 21).

Tambien siruen estas conjunciones (...) de preposicion, y de regir algunos nombres, que no pueden ser regidos del verbo (...) (Carochi 1983 [1645]: 109).

Bibliografía

- Andrews, J. Richard (1975): *Classical Nahuatl*, Austin & London: University of Texas Press.
- Beals Nagel Bielicke, Federico (1994): «El aprendizaje del idioma náhuatl entre los franciscanos y los jesuitas en la Nueva España», en: *Estudios de Cultura Náhuatl* 24, 419-441.
- Carochi, Horacio (1983 [1645]): *Arte de la lengua mexicana. Con la declaración de los adverbios della*, edición facsimilar de la publicada por Juan Ruyz en la Ciudad de México, 1645, con un estudio introductorio de Miguel León-Portilla, México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hernández Sacristán, Carlos (1992): *A Phenomenological Approach to Syntax. The Propositional Frame*, Valencia: Universidad de Valencia [Lynx Annexa 3].
- (1994a): «Notas al ‘Arte de la Lengua Mexicana’ de Horacio Carochi», en: Escavy, Ricardo/Hernández Terrés, José M./Roldán, Antonio (eds.): *Actas del Congreso Internacional de Historiografía Lingüística «Nebrija — V Centenario»*, vol. II, Murcia: Universidad de Murcia, 127-236.
- (1994b): «Notas al ‘Arte para aprender la lengua mexicana’ de Andrés de Olmos», en: Calvo Pérez, Julio (ed.): *Estudios de Lengua y Cultura Amerindias I*, Valencia: Universidad de Valencia, 123-130.
- López García, Ángel (1980): *Para una Gramática Liminar*, Madrid: Cátedra.
- Molina, Alonso de (1886): *Arte de la lengua mexicana y castellana*, México D.F.: Imprenta de Ignacio Escalante, reimpresión [edición original de 1571].
- Morales, Francisco OFM (1993): «Los franciscanos y el primer arte para la lengua náhuatl», en: *Estudios de Cultura Náhuatl* 23, 53-81.
- Olmos, Andrés de (1875 [1547]): *Grammaire de la langue nahuatl ou mexicaine, composée en 1547, par le franciscain Andrés de Olmos et publiée avec notes, éclaircissements, etc. par Rémi Siméon*, París: Imprimerie Nationale.
- Rincón, Antonio del (1595): *Arte Mexicana*, México. [Reimpresión en *Colección de gramáticas de la lengua mexicana* 1, 225-280, suplemento a *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*. 1ª época, tomo 4 (1888-89), México].
- Schwaller, John F. (1994): «Nahuatl studies and the ‘circle’ of Horacio Carochi», en: *Estudios de Cultura Náhuatl* 24, 387-398.
- Suárez Roca, José Luis (1992): *Lingüística Misionera Española*, Oviedo: Pentalfa.

- Tesnière, Lucien (1976 [1959]): *Éléments de Syntaxe Structurale* (Deuxième édition reunie et corrigée. Troisième tirage), Paris: Klincksieck.
- Torre Villar, Ernesto de la (1973): *Fray Pedro de Gante, Maestro y civilizador de América*, México D.F.: Seminario de Cultura Mexicana.